

Prólogo

Luis Gómez me pidió que escribiera este prólogo, así como sucede a veces la poesía: sin avisar, a quemarropa, escondidas las palabras en cualquier conversación, pero colmadas de importancia. En ese momento, recuerdo dos sensaciones inmediatas. Por un lado agradecimiento, por el otro, respeto. Exactamente lo mismo que me ha ocurrido desde que tengo la oportunidad de leerle. Entiendo que la confianza y la generosidad de Luis, me invitan a opinar de su obra, y aquí, se abren dos posibilidades, caminar por lo académico, o sentarnos y hablar desde el sentimiento. Con la única honestidad que conozco en la poesía, la del corazón, os escribiré estas palabras. Me gustaría que sirvieran al lector, únicamente, para acercar a Luis en la lectura, algo tal vez como una presentación de este libro, y una invitación a sus poemas. Para aquellos que no le conozcan, deben saber que se encuentran ante una de las voces más prolíficas y maduras de la poesía actual. La obra de Luis, es extensa en relación a los años que lleva escribiendo. Resultado de esta dedicación, son varios premios literarios y 14 publicaciones. Y para el lector ya familiar, me congratula adelantarle, que en este poemario encontrará de nuevo, la huella inconfundible de sus versos, la raíz de su poesía, el tallo firme de los años, la flor exuberante [...] *y el verso que cae al alma como al pasto el rocío [...]* (Neruda).

Siempre he reconocido en Luis a tres poetas:
El que empezó por boca del amor, y comprende
que no es un diálogo estacional, un lugar común de

la lírica, sino todo lo contrario, uno de los caminos de la vida, y por lo tanto ese paso inevitable del poema.

El poeta que distingue y toma los versos de su tierra, de los patios andaluces, del cuerpo del mar, del viento del sur y los cantos marineros, de “...*la patria que se va entendiendo donde el latido se eleva alto*” (L.Gómez).

Y por último el poeta interior, intimista, profundo, donde Luis alcanza, a mi entender, la máxima expresión y sentido de su poesía, y aquí en esto, su obra es de carácter universal.

Veneno en la licencia reúne a los tres, si bien el protagonismo incuestionable señala a uno de ellos: la palabra reflexiva, la hondura del alma.

El título del poemario, es cuanto menos, provocador y ambiguo. Quizás, **Veneno en la Licencia**, parece un ajuste de cuentas irónico a lo establecido, a los circuitos habituales literarios y a los cánones lingüísticos que tan flaco favor hacen a la poesía. Pero nada más lejos de la realidad, sería extraño que Luis no estuviera buscando más allá de todas estas cuestiones, que nunca han tenido importancia en su poética. De hecho, esto último es la base que sostiene el sentido amplio del título. Si buscamos el poema homónimo, la clave queda levemente descubierta. La licencia nos remite a la propia voz del autor que trajo ecos de simpatía, puentes infinitos “[...] *en busca del lector, en recuesta del alma* [...]”(Salinas), amistades anónimas y espontáneas donde la palabra asume protagonismo y se confirma. En definitiva, la licencia es saber que el lector, no faltará allí, donde el poeta ha sido improvisadamente natural. En cambio, el veneno, juega con la ambigüedad de ese

refugio seguro de la experiencia, pues Luis revela la poesía que atraviesa su interior, pero sólo acierta a señalarla, el resto es incertidumbre, duda, asombro, el no saber para qué, pero saber que sí. La poesía y la vida indivisible e insondable, una forma de ser, un destino hasta al final, el amor incuestionable de entregarse a la palabra.

Encontraremos, a lo largo del poemario, una mirada atrás reincidente, pero a distancia de la tristeza propia de la melancolía, los ojos vuelven con dulzura y serenidad: *“cuando mis versos suplieron otras cosas”, “será que estoy fuera de tiempo, será que no nací cuando tuve que hacerlo”,* y desprende esa sensación de madurez, pues sólo se encaja el pasado cuando se alcanza la madurez en la existencia: entender que todo importa y no al mismo tiempo.

Por lo tanto, desde esa posición, Luis se anima a relativizar y a cuestionar cualquier trascendencia: *“¿qué me importa a mí?, ¿cuánto o cómo ha de afectarme?”*, *“vamos por la luz con la muerte en la espalda”, “tengo poco miedo. Todo pasa y ya conozco lo que temo”* o estos versos *“Existo y lo sé. ¿Existo y lo sé?”*.

Así mismo, y confieso que en este punto, los poemas me golpearon como una verdad que no se espera, aunque se teme, el poemario confiesa en varios fragmentos, una despedida triste e inmediata: *“Puede que haya venido a esperar la muerte como un soldado”, “siempre amé lo poco que obtuve y más que la muerte duele dejaros”, “la poesía expandió mi vida; por ella hombre y poeta amamos”, “Pero la verdad es que diría, que volví para buscar el verso con que despedirme”*.

Pero entiendo que se trata de una metáfora, un adiós a todos los Luis que han muerto en el pasado, porque este, el de ahora, encuentra distancia de aquellos en el protagonismo, en lo enérgico de asistir con puntualidad al abanico nuevo de experiencias. A Luis Gómez en esta vida, le ocupa la poesía, y esta es la vida que quiere, y a ella se entrega como un espectador de uno mismo, con el fin, quien sabe, de entenderse, de explorar en lo profundo del alma, de insistir en lo que hacen los poetas: decir, decir siempre, y volver hasta el silencio.

De lo anterior, en sus versos: *“firme aspiro a vosotros, versos, hijos míos”, “abriendo la vida que me ofrece el papel”, “soy una distancia enorme de mí, de los que amo en batallas de presentes”, “digo que soy este que soy [...] para no olvidar que fui otros”, o “Ya no vuelvo por completo, será que la palabra abarcó las partes de mí que no regresan”.*

Esta es la importancia del poemario, su riqueza en contenido, la madurez de una poesía completa, saber que puedo hablaros de la muerte y hablamos del pasado, que los versos tiemblan en la melancolía el tiempo justo de acabarlos, y que además, encontraremos en su interior, la belleza del amor que es habitual en sus palabras: *“te llamaré y sólo tú serás entre todas las tú que acudan”, “tu boca, ¡oh mía! es como debería de ser una boca”,* y el recuerdo constante de su hogar, de las raíces andaluzas, del mar que ha golpeado con dulzura, a diario, el corazón: *“los silbidos marineros al alba, horas que mi poeta y yo dejamos”, “Palabra. Así es la palabra mía. Sonidos de nácar y espuma.”.*

Nada más. Terminar este prólogo con el silencio previo a la página que pasa. El resto es asunto del lector y la suerte de los versos. Tal vez, al llegar al final y cerrar el libro, podáis compartir conmigo esta serie de imágenes:

Una lluvia finísima, pasos lentos sobre la yerba,
paz que gira desde el aire, un beso perdido que te llama,
una vida que espera como toda la fuerza de la luz,
el amor que se atreve con su ignorancia, las manos del corazón,
la ira de una rosa encerrada, el secreto de las piedras de los parques,
la caza del miedo a galope, el éxtasis de la primavera, una lágrima que sabe dulce,
una mirada que se cruza sin preferencia, un árbol que consigue el cielo,
una melodía para el hombre y los sueños, los ojos cerrados del alma.
Simplemente tu poesía, Luis, tu poesía.

Fernando Tornero

Tengo entre estas palabras

Tengo entre estas palabras
la arquitectura altísima
que esculpe el silencio,
la honradez de un ángulo,
y sobre esa verdad descarno.
Lago, onda, qué sé yo.

Tengo entre estas palabras
hierbas azules e hijos,
tréboles de cien pétalos,
delfines y orillas rotas;
tengo entre estas palabras,
qué sé yo lo que tengo,
un campo de desdenes
y un fuerte viento de poniente.

No siempre tuve,
en otras palabras que fueron
en su momento,
afán pero demora,
tierra ardiente bajo mis pies
que trepara buscándome
la frente generosa.

Y el ancho pensamiento.
Qué bello sonido.
Qué ínfimos violines
estallan y se vuelven a crecer
en los guerreros del pecho.
Tengo olas entre estas palabras.

Acude el verbo como un mesías,
se balancean los acentos
al llanto que genera un punto,

cantan los pasos
que se empujan con la inercia
de permanecer.

No sé que tengo entre ellas.
Un muro donde hubo espacio.
Levanto sus paredes
en una playa de costuras,
y yo, en medio, me pregunto,
qué paz tengo entre estas palabras
si acabo guerreando.

Desayunando poesía

Y que importará de cuando mis versos
suplieron otras cosas,
contemplar un mayo hondo
o los ojos de un sol tempranero,
el tulipán, las gaviotas juveniles,
si yo sólo recuerdo
el viento Sur y la roca
amamantando un mar virgen.

Qué me importa el tiempo débil
de la tierra si lo mío
es naufragar tantas veces
como las necesarias
para reconocermé,
empuñando una espada,
porque no, tal vez
en el arduo oficio de ser.

Y qué si visto los andenes de gris perla,
el cielo de un rojo fuego,
¿qué me importa a mí? ¿cuánto
o cómo ha de afectarme?
Luego volveré a la casa o a la muerte
con los bolsillos llenos de nada
desayunando poesía.

Cuando estoy solo

No me hace falta ver para notar
que a veces el sol se equivoca
y entra a la vez en todos los patios,
lo dice la calentura en mi frente,
lo callan las ruinosas murallas
que el tiempo puso casas en su sitio,
lo grita la historia que nace
cuando algo muere por poco
que tenga que contar;

yo adoro esas súplicas al silencio
y sé que los héroes viven en sus islas.

Sentir que nada limita la justicia
del mar por sus territorios,
aunque a lo lejos pugne
por alzar olas y abandonarse al cielo.

No necesito ver a la muchacha
que llenó mis paredes de horas,
para saber que a pesar de los años
la angustia no ocupa su rostro.

Quizás sólo vivir este minuto
para entender que nada es en vano,
el redondo de polvo en el mueble
que me recuerda que algo hubo,
el chirriante sonido a todo en la ventana
para advertirme que empieza la vida
a tomarle el pulso a la jornada,
sentir que el corazón pasó de la bravura

a la experiencia,
este saber estar cuando estoy solo.

Veneno en la licencia

Quiero construir con palabras
un puente de palabras mayores,
y contemplar los hierros andamiajes
como la verdad de una guerra.

Entonces desquitarme
de esto que me atrapa
como el campo guarda las raíces,
litúrgicas batallas con los _exactos_

hacer temblar sus inteligencias
escribiendo barbaridades
con la licencia desenvainada.

Qué risa me daría ver sus rostros,
cuando, con sorpresa,
se lanzaran al diccionario,
temerarios, exhaustos,
no sé, buscando quizás
joropito o bubacayo.

Decir que del árbol
plantado no brotó la ciencia
que me apuñala el alma,
porque al fin
los habitantes de la calle

eso entregamos,
decarpar el instinto
como el río lava la piedra
y lanzarlo con las palomas

que arañan la tarde
con sus vuelos festivos,

guardando ese verso origen
para el poema
que no sabremos escribir,
que no querremos escribir.

Mas, en esta hora de dialéctica,
ignoto, dejadme que construya
ese puente cuando sienta
que morir sea necesario,

donde la muerte me encubre
sobre rojos cascabeles,
y vuelen mis cenizas
más altas por las llanuras
del mar en caracola,
todos los –yo- humeantes.

Entonces id a preguntar por mí
que nadie me reconocerá
sino por el hombre
que luchó contra lo establecido.

A veces, mi poesía,

está en los patios alevines,
en el naranjo redondo
por sus ramas,
en el profundo fuego de la nieve
o en el afán de una mirada,
pero siempre
está en ti, te doy mi palabra,
palabra.

Muerte en la espalda

Cuando nace el día
tocan las campanas a sepelio,
porque está claro
que vamos por la luz
con la muerte en la espalda,
el peso de todo
con un caos que conocemos
y nos excita,
violencia en los labios,
verdades partidas al minuto
haciendo que las cosas
giren en torno al sexo,
hombres fáciles y mujeres
que lo disimulan.
Será que estoy
fuera de tiempo.
Será que no nací
cuando tuve que hacerlo.

Elegía Gómez

Ahora que he cambiado el azul
por los grises hierros ciudadanos,
nada me consuela la insolencia
al dejar el mar sin estas manos.

Los silbidos marineros al alba,
horas que mi poeta y yo dejamos,
los jazmines, el bancal del Piedras
por pinares a cientos derramado.

Peine del viento que en la playa
brillaba sombras tan temprano,
que aún por hacerse el mundo
tantísimo los dos acompañamos.

Aquí las muchachas no cantan
sus santas bellezas por los patios
ni hay orillas de blanca espuma,
ni dulzura en los mismos labios.

Quizás olvide el aroma, la aldea
abrazando las noches en blanco,
la pérdida que a oscuras se cernía
a los versos que sigo buscando.

Pero la patria se va entendiendo
donde el latido se eleva alto;
siempre veré en la ventana olas,
y allí la ría, y allá navíos lejanos.

Puede que haya venido a esperar
la muerte como un soldado,
ahora que empiezo a sentir
lonas por visera y asfalto debajo.

Y no para irme, sino para habitar
en los corazones que extraños,
se sentaron sin permiso a la mesa
con mis compañeros y hermanos.

Profundos son estos pensamientos
que nunca dejan nada por sentado,
siempre amé lo poco que obtuve
y más que la muerte duele dejaros.

Continuad sin mí esto que vivido
al mar de azulísimo nos llevamos,
que la poesía expandió mi vida;
por ella hombre y poeta amamos.

Id allí, fuertes, al nuevo estante
-por casa la muerte me habrá dado-
y esperad a sacudirme el polvo
que toma por herencia los años.

Mas no esperéis que me despida,
me iré como siempre he llegado,
hombre dueño de los silencios
que en vida nunca dejó callados.

Aquí os dejo nuestro vagar terreno,
que ya me cayó tiempo al costado
y frío por las carnes abiertas
hasta donde la vida me ha llevado.

Porque estar sin ti es la muerte,
aldea blanquísima, a tu lado
puedo ser los dos al momento,
hombre-poeta, muerto y resucitado.

Ángel – Mesa

Nos lo dejaron fácil
porque casi todo está pensado.
Ya se debatió por qué la mesa
se llama mesa y no ángel.

Se imaginan decir
-pasó una mesa volando-
o -no es verdad, mesa de amor-
mientras yo como sobre el ángel
de la cocina
y escribo sobre un ángel de cedro.

Pero por muy estúpido
que parezca esta iliada
de pensantes adultos,
así tienen sentido las cosas;

el primer nombre,
que debió de ser una mezcla
de sonidos animales,
acaso, el tiempo imperdonable,
sólo mutó para representar
lo que en un principio
pudo decir mesa o ángel.

Existir

Existir debe ser, digo yo,
ese punto donde
la ocasión y la casualidad,
se ponen de acuerdo
y logran

reunir en un segundo
el ser y el estar
a la vez en uno mismo;
todo lo demás, supongo,
son caminos perdidos
que buscan ese instante.

Luego, si me baso en esto,
no tengo edad
-ese segundo perfecto
que parece huirme-
entonces no existo

-nunca se pondrán
de acuerdo mi ser y mi estar,
pues normalmente,
cuando mi - soy -
llega a algún sitio

y me da por preguntar por mí,
me dicen que hace un rato
que ya me fui-

a Fernando Tornero

Hasta este minuto hemos llegado,
y puedo decirte, Luis,
que somos amigos del viento Sur,
de la encina y los naranjos
en los patios,
que allá la jara nos abre

los candados de la sierra,
y más lejos saludamos a todo
aunque no veamos el qué,
porque lo que realmente
importa es el cómo
-a veces, las menos, el cuándo-

que aquí hemos sucumbido
viendo que las cosas más bellas
aún están por descubrir,
balcones y rosas,
poetas valencianos
con el hambre siempre atento.

Aprendimos que los versos
viven en las islas
del alma y la frente
-tarde-
que la patria va donde su sed calma,
recuerda eso, compañero,

aunque nos subyugue
la idea de encarcelarlos.

Triste

Hoy estoy triste,
no sé por qué,
quizás sólo por decir
que estoy muy triste hoy,
desordenar los trapos
que a lo lejos hace el viento,
y no saber por qué
el viento desordena sus trapos
con prisa.

Hoy quiero estar triste
y dedicar tiempo a ello.

Pensar aquellas cosas
que debí dejar pensadas
y pesan sobre mis hombros
como una playa sin nombre,
amapola en la vereda
de qué camino,
y bautizarlas hijas del día,
que cuándo pregunten por ellas,
hijas del día las llamen.

Hoy estoy triste porque no quiero
olvidar lo que se siente al estarlo.

Recordar los muertos de mi línea,
vacuos héroes de entonces,
abrirles la puerta,
perdernos en los abrazos
que quedaron en el aire,
reírnos con ganas,
y llorarlo todo,
y llorarlo todo

dejándolos por fin libres.

Acaso sea esta mi tristeza
o sólo por decir que estoy triste hoy,
hoy, muy triste.



Dibujo por Lourdes Lacalle

Mi inicio

Mi inicio va donde lo demás acaba,
acaba el sonido que llevó al día
entonces a estos versos de principio.

Y es mía la anchura de la noche,
la vela que me hace permanecer
en la sombra como una muerte.

Miro aquella estrella, o esta,
y cae su luz a inundarme el pecho;
suelto así a pasear los pájaros

por los garabatos de mi frente.
Voy desnudo a vestir papeles
con mi sangre que se hace palabra.

Disculpen -miraré en el cuarto
si alguna mujer se equivocó
y vino a ser esta o aquella estrella

y puso nombre al oficio
que ahora me ocupa-
Gruño a la cordura carcelera.

Todo lo demás es teatro,
son mis manos, que consternadas,
desafían en pulso a las horas.

Y nada más, aquí acabo. Les dejo,
me encargaron ser breve
por exigencias del guión.

Cuando el día descende

A veces, cuando el día descende,
la noche sólo acompaña,
se oyen rumores de graves horas,
y a solas, conmigo,
procuro ser mucha gente.

Como algo que dejó
de ser un secreto,
el terror me inunda
de niebla los huesos,
el alma, la hostigada soledad.

Más vacío me acompaña
cuantos más somos,
no los que somos en el grupo,
sino en el grupo lo que somos,
impresión que retira la piel,
inspirado, decidido a compartirla,
lustrosa y verde planta.

Firme aspiro a vosotros,
versos, hijos míos,
regaos por aquel balcón
donde el corazón latió agonía,
humo de dulce engaño.
Y hacedlo en el tiempo
que el sol marchó
a caber en otros días.

Caminad hacia la luz
por esta espesa banda
de ortigas, tierra sin cumbre,
noche que nos soporta
a veces, cuando el día descende.

Álgido

Álgido. Tu cuerpo es álgido,
racimo, coral húmedo,
esa rama que celebra
la invasión del día
al primer pan,
sublime, luz atada.
Y llega ávido, abierto
y encerrado a decidir
la hora en que será suyo
el sol en las medianas,
buscando más tarde
otro sol más poderoso,
otra playa y caracolas
en la división del agua
con un vértigo desmedido,
sí, amor, está en la lluvia,
en el árbol y las campanas.
Como una gota de rocío fuerte,
tu cuerpo tiene en la cima
llanto y diferencia,
ojos de niebla consumada,
y una rosa muy roja,
y un verde color a fiesta,
y un veneno en la mirada.

Tan a menudo

Pienso en ti tan a menudo
como se dejan caer, hasta hoy,
todos los pasados,
flecha, que mostrando va cargada,
al costado que no sanaré,
tiempo que ve mi tiempo perdido.

Miro hacia arriba
y aquejada va la memoria
-es por eso, tal vez,
que se me repitan,
donde antes crecían los brazos,
como un hueco cada noche-

Sí, te debo pedazos de dicha,
agua que resbalando decía amor,
estertores en silencio
que tuvieron de repente
un sonido grave como la gota
que se despeña en un depósito vacío.

Y pienso en ti enteramente
sin desmedir nada.
Hay un fuerte latido
donde yerguen, inexorables,
mi deseo y mi querencia
volviendo donde empecé.

A decir tu frecuencia
por mis dominios,
donde la sangre guía la frente
hasta ser todo yo indecible,
y pensar que hoy más que ayer
aún cuando mañana diga lo mismo.

Me abres las carnes

Está claro que eres tú
¿pero quién eres tú
que me abres las carnes?
Te sientas en mi pensamiento
como la doble llama
de una noche encendida,
y respiras si respiro,
y respiro si respiras,
nativa muchacha,
nafragio extendido
en mis dedos amorosos
¿cómo voy a saber
quién eres si no sé
quién soy?
Te llamaré y sólo tú serás
entre todas las tú que acudan.

A mi sobrina Cris

Supongo que la amo
como se debe amar una hija.
Ámeme ella
como se podría amar a un padre.
Entra en la casa,
ángel de luz y caracolas,
haciendo que todo sea posible,
incluso la arrogante tarea
de humanizarme.

Agotándome

Estoy solo en esta palabra
mirando como vienes de lejos
con la tarea de besarme,
ocúpalo todo en mi boca
y no dejes un labio triste.

Nada en el vacío
retrasas para mañana;
hoy es mañana y ayer murió.

Encuéntrame ocupado
absorbiendo tu aire a bandadas.

Después me hundiré
entre tus aguas
y me ahogarás en la llama pura,
besaré tus hombros, tu frente
agotándome en tu costado.

*Una palabra tuya para mi paz
y volver así al camino, sereno,
lleno de la paz que me has dado.*

Para mi paz basta
una palabra tuya,
y crezco lleno de ella,
la mimbre, la caña
que nos oculta las manos
como incendios,
porque, tal vez,
esa palabra es más tú
y sea la que me cautiva
al asomar de tu cuerpo claro,
el gesto en la sonrisa
resuelta en repetirme,
serenidad no serenada
que al fondo aguarda
tus sonidos en forma de luz,
mientras, fuera,
rielan las farolas
y nadie nos sabe.

Tiempo en frascos

Esto que agoto es tiempo
que guardé en frascos,
luna embotellada por si alguna vez
dejaba de amar mi cuerpo,
yo, que nunca fui más joven,
y sin embargo voy cansadamente
del pecho a las manos.

Lo digo así, frente al sueño
y con la derrota
que espera ese pájaro del aire,
mujer que quizás sí y no supe,
qué rostro, qué nombre,
qué demonio ¿qué ángel
no sintió la ausencia?

Todo lo dice,
pero qué dirá todo,
esta imagen que bien sabe
que soy el de ahora
a ratos, digo.

Y rescatado el tiempo
llega con lentitud a mis ojos,
viene y va como la sombra
que cada tarde trata
de coronar la tapia
y fatal extiende la certeza de ser.

Existo y lo sé.
¿Existo y lo sé?

Muerte en el beso

Quiero arrebatarte la vida
en el espacio de tu boca,
yo, que traigo en la mía
muerte en lo que toca,
pero no por ello matarte,
aspereza vil al cansancio
y certero arrebatarte
la calidez de tus labios.
Pasear mi boca muerta
por las playas del cuerpo,
afrentar tu puerta abierta
con la táctica del silencio,
tú que llevas tristeza
donde respira tu falda
y exhausta y expuesta
coronas sus murallas.
A fardos sería la locura,
en ese primer beso,
y no matarme la ternura
sino ese espacio muerto.

Oh, mía

Eres como la noche, oh, mía,
y como la tierra que impele
tu hora fértil,

la estrella bebe en tu fulgor
de río abundante,
y se detiene la barca y la playa

¡qué digo! ¡el mundo se detiene!
a escuchar tus pasos ondulantes,
a ver que nada falta

en tus curvas sacrílegas,
tu boca, ¡oh, mía!
es como debería de ser una boca,

lluvia detenida
en el cristal donde rebota,
el verso que un día fue calor

desnudo como la cumbre,
hoja que cae para nadie
¡oh, mía! arquitecto inspirado
por tu figura en el tiempo.

Mi costado, eres mi costado,
savía en un tronco de luz clara,
sombra que crepita
entre mis dedos hostiles

por tu ausencia,
y se detiene la playa y la barca
¡qué digo! ¡oh, mía! todo se detiene.

Palabras de amor

Cada vez que pienso
que exprimí tanto el amor,
me siento frente a mí
en un banco que verdea
y digo que me quedé,
bueno, es decir,
que nos quedamos,
sin palabras de amor,
aunque conozca el viento
que se repite en su oficio,
aunque siga amando y no.

Pero maduro este último verso,
abro la mano y toco la noche
irascible, sagaz, cauto dolor
que me hace sentir
que mientras ame,
y amo todo,
siempre tendremos, Luis,
palabras de amor.

Más que yo en mí fuera

Quisiera que en mí más que yo en mí fuera,
que al afán delicado presida mi suplicio,
como la noche al jazmín, cielo a la estrella,
al cuerpo, al acabado trasiego sin principio.

Apenas con mostrarlo, el amor me derriba
temiendo así el beso dichoso de sus labios,
con sólo pretenderlo se me va de la vida
y sin el beso de su amor camino solitario.

Pero sé que hay alimento, apetecible boca
que a yugo por sus cárceles me incita,
como si viera a Dios, agua, papel y roca;
a la aurora de sus labios nunca me invita.

Quisiera creer en sus ojos y en esa fiereza,
desafío que malogra mi vivir placentero,
y aunque la desnude sin que ella lo sepa,
prefiero no ser feliz si algún día la tengo.

Violentamente, sólo ella clavó su amor
en las banderas altas que llevan al inicio,
dejando en mi pecho abierto este dolor,
esperándola aquí, donde no sé si existo.

En canal como la dicha

Si abro la ventana
y siento en mi rostro
el peso de la noche con fuerza,
sé, entonces,
que estoy donde debo,
no abriendo la ventana,
abriendo la vida
que me ofrece el papel
en canal como la dicha.

Refugio-duna

Duna, refugio de pálida visera,
hay en tu arena limpia y clara
secretos de parejas en el amor
que les ocultó al silencio la caña.

El año, por sus cabellos de siempre,
de julio a julio, rosa entre las bravas,
viento intacto que los despeina
y en sus rizos se alzan y se calman.

Otras noches, cráteres de lluvia,
más larga y más bella es mirarla,
pensar que ahí sigue, amor único
que a la boca le cayó de pasada.

Reverbera en espejismos y manos,
¡ay, duna! que aguardas solitaria
los cálidos amantes que el verano
acerca al escondite de tu visera pálida.

Inútil quedarse

Es inútil que me quede
donde siempre te espero.

Hacer de la indulgencia
rama clara, rama verde.

Inútil como quedarse
en la rama sin beso.

En la mesa sin pan,
sin boca que masticarse.

Mi tierra sin mar,
mi rama sin verde.

Es inútil que me quede
donde solo te pienso.

Este que soy

Digo que soy este que soy
para tenerme a la vista,
para no olvidar que fui otros
que también dijeron que eran
sólo cuando fueron.



La medida de mi tiempo

La medida de mi tiempo,
quiero decir,
ese tiempo básico
que se agolpa y sucede
entre respirar y no respirar,
tú lo marcas.
Si al despertarme pienso en ti,
por ti me pasa el día luego;
si al despertarme no pienso en ti,
el día me encuentra disputando
la memoria y la no memoria,
esperando verte golpear
de repente una luz en la esquina
con el amor que olvidó
ausentarse de ti por mí.
Mas, al final,
siempre acabo hablando
en una soledad recta
con tu voz, poesía.

El verso para despedirme

Si de repente me tumbara
una muerte súbita
y al cabo de unos instantes
inesperadamente abriera los ojos,
diría que nada sucede,
que aún trato de rescatar
aquellas tardes de marzo
y el aroma de mis calles;
diría que volví por vosotros
que habitáis tras los muros
de frecuentes luces quietas.
Pero la verdad es que diría
que volví para buscar
el verso con que despedirme.

El frío de las nueve

El frío traicionero
es el que se inicia a las nueve,
esa inquebrantable arquitectura
que se planea a lo largo del día,
ese sí, pero ese tal vez,
esa esquina de duro diamante,
esa mirada que no tiene esquiva.

El día hacia su muerte

Con flaqueza en su débil protegido,
guerrero va el día hacia su muerte,
no mira lo de ayer, ni mañana, sino
lo que sólo al instante le pertenece.

El tiempo vive de matar más tiempo
y avanzan sus mercenarios a porfía,
disputándose en las mesas del viento
quién restó más horas a la dicha.

Quien a sus verdades no se confiesa
lustra incertidumbre como relicario,
baja religiones del cielo a la tierra,
pero el tiempo no sabe de postrados.

Tiempo en los dientes y los cabellos,
en la baja maleza, apretada copa,
tiempo que corre donde nacemos,
fuerza como al pezón llega la boca.

No importarán los rostros alzados,
demonios de la vida y sus ángeles,
todo se dilata icómo surge el labio!
y cómo, para morir nunca es tarde

pues la muerte no conoce horarios,
ni andenes donde esperar que sea
la indolente energía del temerario,
el sentido de todo cuando mueras.

Volver por completo

Ya no vuelvo por completo,
será que la palabra abarcó
las partes de mí que no regresan.

De sus coloquios.
Pero este soy yo,
al menos en parte.

Ya no me hallo en los bosques
serenos, lánguidos
como en sí mismas las cortezas.

Será que me canta el mar
con la lengua abierta
y sus vientos frescos.

Mis ojos están tranquilos.
Un brazo, un párpado,
buscan sus mitades.

Miro con más claridad
esas partes que niego
dejar al olvido.

Aquí, en esto me busco,
no en paraísos perdidos
ni en otras voces.

Y ahora me siento al final
en lo que merece mi tiempo,
al menos en parte.

Donde te encuentro

Eres lo que en mí hallo
y se dispersa,
un motivo, una llaga,
un sol en mi espalda que hace
que mi sombra se adelante,
un fuego en el aire;
eres mi alimento y mis viglias.

Bruma entre las hojas,
eres la claridad,
la respiración que muere
en el momento en que se exhala,
el pezón,
la rosa donde hundo mi boca,
el mar en este cuarto de escarcha.

Pero no eres mi vida,
al menos,
hasta que tocado por tu luz,
la noche se hace cuerpo,
y desnudo por tus paisajes,
amor,
eres donde te encuentro.

Rastros de alma

Todos mis recuerdos
están en esta tierra,
los vuelos que no se dejan ver
pero no por ello me toca
en la mano la desesperanza.

A nadie le importa
si me golpea un labio
en su propia argucia,
si en su yugo camino
siempre entre desdenes,
qué dualidad habita
en un beso o en un no beso,
sí recuerdo, claro, besar.

Todos los senderos
me llevan a la inclinación
sobre esta mesa,
estos intentos de falsa sabiduría,
recordar que no se me agota
en los minutos rastros de alma,
olores de alma y sabor,
sí y no, sí pero no.

Globos de luces caracolas

Globos de luces caracolas
que a lo lejos arrojan del mar
nardos de áureos balcones
con el temple de los albatros.

Preciosa mixtura que cabalga
impulsada por brillos azules,
música vestida que se desnuda
y en cueros vive todo el día.

Palabra. Así es la palabra mía.
Sonidos de nácar y espuma,
náufraga iah, fiel aldea blanca!

Palabra. Así es mi poesía,
en las fachadas de cal y luna,
llega viva, estalla y descansa.

Ayer no era nada

Hoy diré que nada soy
y mañana pensaré
-ayer dije que no era nada-
esa es mi condición.

De no ser nunca el mismo
cada segundo es mi aniversario,
sublime que se desgasta
quizás solo en la frente.

Voy recto a las amapolas
que tiñen las veredas;
acabado el día
vago en qué satisfacerme

antes de que se me caiga
todo por el suelo,
un libro o la sangre
que se vence y me anula.

Soy una distancia enorme
de mí, de los que amo
en batallas de presentes,
esa es mi condición.

Para que el día no me engañe
aumento en tres meses la vida,
menos es un año
y aún menos todo.

Pero el día dice
que el mar es un olvido
y consigue engañarme;
vive en mí y carezco de memoria.

Que el amor pasó
justo por mis narices
cuando aún era de la tierra
-sigue en sus trece el día-

Nada me limitó,
árbol dulce
donde el río corría en azul
levantando ánimos al cielo.

Tras los visillos
tengo en la boca
un ligerísimo sabor a ceniza,
esa es mi condición.

Ahora dejo los sonidos de la noche,
ecos de dobles estelas,
aunque creo que algo se me olvida,
ah, sí -ayer no era nada-

Tumba abierta

Por mis vigiliass
algo en mí se entretiene
con el terror
de una tumba abierta;
tres verdades silentes,
la del hombre,
la del poeta
y la de la muerte.

Amenaza de amor

Me lastima esta amenaza
de amor que levanto
sabiendo que soy para ti,
sólo a veces,

tu mejor tiempo perdido,
un árbol que se quiebra
y resurge como la brasa
que aguarda al fondo,

mi necesidad de encenderte
a ratos la vida
¡ah, virginal destello!
los pechos de agua,

el sepulcro de la boca
que me ata con cada beso
a una muerte
como la verdadera.

Siempre que miro te veo
en mi día,
con la seguridad que existes,
haciendo así el -yo-

más en mí posible,
esta amenaza de amor
que hacia ti me lastima.

Te amo

Te amo,
ni escasamente ni demasiado,
aunque tú me veas
como un día que se pierde.

A lo lejos las estrellas caen
y surge del mar
una maravillosa consternación.

Hay en tu gesto nácar
y hay en tu frente virginidad.
El viento se detiene.
Eres tú esa consternación.

Por el muelle la piedra
toca en los pilares. Te amo,
pero quizás te ame más

que cuando tuve que decirlo
y la luz sufría
en los pechos tristes.
Doliente galopa la memoria.

Huele a pinares la noche
entre las ramas.
Y a jazmín solitario.

En oscuro el cielo.
Blanco son los azahares
como presos fugados.

Te amo. En tu origen te amo,
yo que te tuve con seguridad
entre mis manos difíciles,

mi cuerpo y mi alma difíciles.

La yedra llora en los hierros
que abren en sus veredas
tímidas claridades.

Ya no volverá el amor
a mis papeles de antes,
a tu voz que era de antes
cuando fuimos casi humanos.

Te amo porque no te tengo.

Deshabité

Abre los ojos, muchacha,
que ya deshabité
el secreto refugio,
diadema de sangre
por sangre al inicio dada,
no te dejes caer sobre el tiempo
que viene entrando el día
y puede descubrirnos
desnudos en el sudor
que se dió por nuestras ganas,
piedra, agua sin mansedumbre,
abre con ellos la esperanza,
caracola de sueño,
y no olvides este cuarto
de asedio, el soldado,
la noche en batalla.

Norma dueña

Atrapar trozos azules de cielo
y aguzar la sangre que vuela
para volver de nuevo al viento
padre de todas las ausencias

sin necesitar alas para sentir
el placer que volar me diera,
verso, más vuelo siendo en ti
y aún más si más aún pudiera.

Mil nombres llevan mis brisas
como corazones en cortezas
pero mi amor se llama poesía
¡y, cuánta noria se me quiebra!

comenzar siempre en un desliz
que me desnuda, no por fuera
¡cuántas veces me viste morir
lidiando contra la norma dueña!

Entonces mi amor al desafío
que dice si yo me atreviera,
es lo que en el fondo ansío,
ser en su camino otra vereda,

despuntar de mares adentro
donde sólo yo conociera
mis guerreros de sentimientos,
mi sangre hecha poemas.

Noche de verano

Noche de verano que generosa
invita a proseguir la seducción
que dormían los músculos
bajo un sol de tradiciones,
gloria de los dedos,
transparencia inexorable,
beso enamorado al minuto
que muestra una caricia efímera,
o dos, o un ciento
en un continuo juego
de luces y sombras,
de vida, de muerte.

Mis desvelos

Caigo en no ser nada por mis desvelos,
vigilancia de las noches en la ventana,
pensar que no sé por qué te recuerdo
y te llamo esposa en papel y palabras.

Pedirle amparo a aquello más preciso,
del displacer solitario a lo árboles
que silbaron al compás de tus sonidos;
no hablo con lo que dice -ya es tarde-

Te quise tanto, fue hace tanto tiempo,
aquel grave afán con que nos dimos,
aunque duela menos yo aún te sueño
con tu nombre abierto en mi camino.

Ah, vida, noria gris, brisa insatisfecha,
lluvia insolente, márgenes del viento,
es la lágrima que no corre hacia fuera
y era mi aliento besando tus cabellos.

No sé por qué, noche de rumor alto,
te siento mucho más que otras veces,
derramada, atendiendo el frío cuarto
que hizo de mi vida cuatro paredes.

Vivo así, a costas de un amor muerto,
que pesa como un ramo de veredas,
caña y mimbre de un llorar inmenso,
mis pesares hacia tu recuerdo vuelan.

Pero siempre algo renace entre matas,
que sube por el tronco y busca el cielo
¡ah, si fuera tu luz en las cosas tocadas!
y seguida tú para amarnos de nuevo.

Esquinita

Como si aquella esquina
recorriera toda la calle,
diríase que otra antigua
va de amor por sus tardes,
y le guiña un ojo amoroso
con ese misterio en el aire,
la esquina, cuerpo hermoso
en cada detalle.

Sale en la noche con su rosa
expuesta al ocio y hambre,
más bonita que las palomas
que cruzan los parques
¿dónde vas a estas horas,
esquina que el fuego te arde,
más bonita que las palomas
que vuelan en los parques?
y tan linda se levanta la falda
con la inercia del momento,
rompe en su música callada,
agonía que le abre el pecho
bajo las estrellas y sin manta
-el gemido va por dentro-
cuántas veces de humo
arribaba yo a su candela
algo de noche, y taciturno,
crecía el hombre que era
icómo querría convocar
ahora su risa extranjera!
y dejar la esquinita al mar
por si esta luna viniera.

Estelas de gaviotas

Si digo que allá el día
arde en rojísimo revuelo,

y las gaviotas del presagio
dejan estelas en sus vuelos;

si, amagando las horas,
con los años no hacen tiempo

sino grietas por las cosas
y claros en los cabellos;

si digo que en mis manos
hay desorden, y tiemblo

al ajustado propósito
que sin morirse va muriendo,

por los rellanos y letanías
duras del pensamiento;

si pugno olas en la orilla
y mi canto es sólo esto

¿quién pondrá la paciencia
para entender el silencio?

las estelas de las gaviotas,
¿las horas sin ser tiempo?

Me conozco menos

Cuánto más me conozco
voy conociéndome menos;
descubro cada día mis manos
con la profundidad
de estos trágicos temblores,
el sarcasmo de una ironía,
y llegada la noche,
esa bendita idolatría al silencio,
acabo siempre
en este mismo lugar,
un habitante incierto,
otro pasajero más
en el duro transporte de la vida.

A lo tonto

A lo tonto a lo tonto
fui aprendiendo a leer
palabras que no retuve
ni sirvieron para volar;
más tarde descubrí
que mis vuelos
están en la patria
del pecho,
y tienen el tamaño
que se me ocurra darle,
un acento que acecha
en la sombra
la manera de volver;
sentí entonces esa paz
que juzga lo que sabe,
profunda, muy serena
en la decepcionante
mano de los años;
retomé en ese instante
la lectura
donde juegan los niños.

La casa de los muertos

En estas aceras calladas
hay sangre y destierro,
ríos sin gloria, humo
y pestes por los huesos,
sonidos de nácar y tumba
a cielo abierto,
noches de cipreses,
caracoles y sarmiento,
ligerísimas cenizas,
estas calles de cementerio
que ponen nombre y vida
a las casas de los muertos.

Coplilla al verde pino

No veáis sólo el árbol
sino su guerrero y tristeza,
ver su existir consagrado
a dar sombra a la vereda,
pino, qué ojo placentero,
qué furiosa belleza,
qué finas ramas al viento,
qué dientes por visera.
Tú dejaste el campo
por una soledad generosa,
te han tumbado los años
y los lirios y las rosas,
tú, que no conociste hembra
por tu pasar de camino,
único en una alameda
sin orillita de qué río,
corro de señales al cielo
con el humo desatendido,
piedra, papel y versos
de amores desconocidos.
A quién acudirá la prisa
por tus lugares al fresco,
quién llorará tu despedida
de humilde cuna y sepelio,
en torno a qué lágrima
o qué risa tesonera,
grabarán tu estampa
a cuchillo en la corteza.
Cuántas veces tu verano
me sentó frente a la tierra
y redondos tus patios
ocuparon las horas de siesta.
Al son clarinete del vino,
canto al alegre poeta

en romero casto y tomillo,
la falda en hierbabuena.
Sin conocerlo eres del mar
y verde pino de la vereda!
y de mi compañía en soledad,
y de la orilla y de la arena.

Sur, carne que llora

El Sur, carne que llora mientras canta,
las ocho por grandes bajo sus banderas,
pero en verdad una sola, verde y blanca,
con ímpetu a sus cielos las ciñe y azulea.

Granada, Alhambra de nieve y mosaico,
cuna, altos rumores ¡ay Málaga la bella!
Cádiz en la frente de arte nace volando
¡ah, mujeres lindas de Córdoba serena!

Sevilla, Giralda, Guadalquivir atrevido,
llanos soles de justicia, Almería en brea,
Jaén poeta, en la casta que varea el olivo.

Andalucía por tus desiertos y tus vegas,
eres por mis venas la sangre de lo vivido
campeando jarales de Huelva marinera.

Sol estricto

Bajo este sol estricto
tengo el corazón abierto;
allá, otro corazón,
quizás también.

En el latido tendrá
el alma y un canto,
un momento de hoguera,
un sí y de repente no.

Mira el corazón -le diré-
como salones de caracolas
¿qué hacemos
con la fiebre en la sangre?

¿Con esa incipiente viscosidad?
Te doy mi corazón
por tu corazón tocado,
al menos en este minuto.

Gira, elévate, halla
en mí tu parte,
tal vez al fondo
o en un labio reciente.

Si notas que algo estalla,
y el corazón se te revela,
tranquila amor -le diré-
hundo el mío en el tuyo.

Hambre en el corazón

Mi corazón está hambriento
y nada tiene que ver con el oficio
que ocupa sus lugares,
terrazza o cerezo. Lágrima.
Le hablo y me escucha
a media sombra
como si todo acabara
sin haberlo empezado;
no probé sus migas. Aún.
Mi corazón quiere volar
por los trazos de la hierba
con alguien a quien decir
contigo. Tú. O tú
como una noche que no vuelve.
Tu luz en la mirada clara.
La imagen del amparo. Tú.
Mi corazón repasa la lista
que salta entre sus tablas,
cuerpos ofrecidos,
no amor que se ofrece.
Late en el arroyo
que la montaña oculta
y se hace llanto
en su débil rumor.
Ahí yace su hambre,
sus desiertos y lagares,
sus porcelanas,
el silencio que no quiere
hacerse voz.

Erika Madrid

Palabritas sueltas del Francés

Palabritas sueltas del francés
Je t'aime, mon enfant
la vida giro en una sola manzana
la cuerda y el fuego
el agua inagotable que se agotó

Las idas y venidas
la capital enferma
y las marcas mías que no sabés borrar
no vas a crecer después de mí
Sería imposible

Palabritas sueltas del francés
las torres de plástico
con variantes en vidrio

Mi cosa redonda fantástica
mon enfant, mon enfant
el presente, la cuerda y yo kit burns.

Eso que llaman

Me alcanza estirando su lengua
más tarde y al tiempo me inunda
excediéndome esto que se llama
de esa única forma que suele llamarse
que de a pasitos me contamina el cuerpo
de a pellizcos me arranca sin pausas
sin dolor y a buen culto, la carne.

Un punto vivo según el ojo que mire.

Puertas de Bien

Demasiadas puertas
insoportablemente curiosas
miro la paz de los otros
y en raras ocasiones les miro los ojos
sus héroes envidio
y entonces cierro las puertas

Por alguna razón
a mí no me funcionan
no me van ni el vértigo ni los lazos
que arriman estos otros.

Yo les cuento las batallas
cada vez que abro mis ventanas
y cierro nuevamente más puertas
quedándome provechosamente
ni dentro ni fuera de tantos mitos.

Fernando Tornero

La soledad

La soledad está aquí.
Llevo en la espalda
su tacto sedoso,
su arquitectura trágica,
su tejido carcelero.
Soy comida en telaraña,
mi tiempo tiene
ocho patas negras,
generosa anatomía
de la muerte.
Pero todavía no,
aún pasa la luz
y sus caballos ganadores,
la brisa es de senos desnudos
y melena suavísima,
y dos aves primeras
dejan el nido
por el cielo de otoño.
Aún quedan asuntos
de mucha poesía
que me reclaman.

Nada es

Nada es mi poesía,
¿qué mirada
no detiene la belleza?
Sólo dije que hay
pájaros invisibles
que mueven el aire,
y una cebra altísima
es el día y la noche,
y la vida es la necesaria
justicia del tiempo
a tanta soledad.
Nada es mi poesía,
está detrás
de lo que se ve,
se llega cuando
ya ha sido.

Lo supe

Lo supe en ese instante.
Cuando tú, tenías la sonrisa
donde el tiempo aprende
a existir tiernamente,
los labios de las cosas
que son puras aún.
Confieso que lo supe,
que tardaría en quererte,
esto sólo y nada más,
lo que es un beso y nada más.
Pero no importaba entonces,
había que vivir, vivírselo,
destapar el corazón
a la eternidad y señalarla:
ahora puedo verte,
llegas y te vas con el amor.